



## Oficio de escribir

LA OTRA VIDA  
DE FELL OTHERSIDE

.....  
**Nieves García Manzaneque**  
Escritora.  
.....

Feli(ciana) giró con su llave la cerradura del portal del descalabrado inmueble. Una vez dentro tanteó el conmutador y la luz se hizo y vino hacia ella el horror cotidiano. Su cansancio era de plomo. Así, se agarró al pasamano sabiendo el polvo, la mugre, la pegajosidad que conllevaba. Y ascendió penosamente arrastrando la bolsa de enseres. «A casita. ¡Bah! Eso los otros». La mayoría. Ella sabía con una lucidez de condenado a muerte que sólo llegaba a su guarida; a una madriguera de animal herido por la sociedad nuestra de cada día. Una sociedad nueva que barajaba un vocabulario de estulticias hipócritas tan antiguas como el mundo. A las que naturalmente se les veía el plumero... Pero a ella la exprimían como a un limón tierno. Y aún tenía que rendirles pleitesía, por buena educación, a aquellos triunfadores de tres al cuarto... El cúmulo de negatividad que pesaba hoy en su corazón impidió que éste saltase cuando vislumbró al hombre en el rellano. Con una pasividad cercana a la demencia miró los desfigurados, embotados rasgos del joven: ¿Atacante o mendigo? Ambos se escrutaron sin ningún sentimiento humano. La desesperación produce un letargo sombrío.

—Tengo hambre —dijo al fin el hombre roncamente.

—¿De sopa o de cocaína? —preguntó Feli(ciana) sorprendiéndose a sí misma, pues había saltado no sabía con qué especie de valor la barrera del comediemento.

—De-me al-go de dinero —dijo el joven sacando una suerte de humildad ansiosa desde el fondo de su abyección.

—Me parece que has errado el camino. No cobro hasta el sábado —pero abrió un pequeño portamo-

nedas y volcó su contenido en las manos temblorosas—. Soy pobre, ¿sabes? Y estoy desesperada. Hoy particularmente.

Sabía que estas confidencias no importaban nada al temible y desgraciado individuo que se tambaleaba delante de ella. Pero quería llegar al fin de la prudencia o del temor. De tantas prudencias inútiles o desmesuradas de su vida. Abrió la puerta; todo en el viejo antro era de una degradación irrecuperable.

—Pasa; no puedes tenerte en pie. —Aunque no entendía de «monos» era evidente que sólo estaba borracho. Le ayudó a sentarse en una butaca despanzurada.

—Un poco de sopa con morcilla te vendrá bien...

Él la miraba con ojos desorbitados y vidriosos. Llevaba el uniforme unilateral de la juventud del último medio siglo. Una moda que duraba demasiado para no resultar sospechosa. Pero al menos en aquél la suciedad y el deshilachamiento eran auténticos.

—Vino... —dijo al fin entornando los ojos.

—Hay días que no debieran amanecer —dijo Feli(ciana) a manera de disculpa—. Tú tampoco tienes suerte. —Y de una botella escurrió en un vaso un decilitro escaso de un tinto vulgar. Después de la avidez vino el desencanto. De un manotazo despejó el pedazo de pan que la mujer le tendía. Feli(ciana) sintió un poco más de vergüenza por los seres humanos. Este pensamiento había sustituido al de la ira. Algún día sería el fin.

—Pues a dormirla, hijo... —Y a trompicones le llevó a un camastro próximo donde el joven se desplomó.

Quizá estaba próximo el amanecer cuando Feli(ciana) emergió a medias de las oscuras aguas del semisueño, plagadas de pesadillas borrosas. Delante



## Oficio de escribir

de ella, erguido y empuñando un cuchillo enorme, estaba el abyecto ser de la víspera. Los rasgos de su rostro, desembotados y extraños, tenían un algo indefinible, próximo a la belleza. ¿Fue asombro y no terror el sentimiento paralizante que despejó su sopor? Quizá ninguna de las dos cosas. Una intuición profunda ganó la claridad de su cerebro y de todo su ser. Estaba en el extremo de su desgraciada vida equivocada.

—Desde el principio hasta el fin... —respondió el extraño ser embellecido de instante en instante, mientras el cuchillo devenía daga luminosa.

—Amén... —dijo la mujer. Y en el momento terrible en el cual la daga se hundió con fuerza en su pecho, su corazón estalló en Felicidad.



Fell miró a su nuevo Consejo de Administración desde la altura que le proporcionaban sus esbeltos tacones y la seguridad de su perfecto conjunto. Y lo miró con complacencia y lo acarició con una dulce sonrisa llena de afecto. Era el más disparatado y peculiar Consejo de Administración que jamás empresa alguna podía haber reunido. Con un simpático gesto atajó a un joven de mirada soñadora y gafas ideales, que se disponía a leer su informe: «Sin protocolo, John... Cuéntanos buenamente cómo han marchado las cosas».

—Los accionistas en su viaje relax-natura por la Amazonía no se han enterado ni de una palabra de las «faenas» que les hemos hecho... Pienso...

—¡Oh! Yo no les llamaría «faenas» —intervino una viejecita sonrosada y risueña— Yo lo llamaría «mano izquierda». O tal vez «mano de santo». Con el cambio que hemos hecho, deshaciéndonos de la fábrica de ordenadores, que estaban dejando ciego al personal, y creando la de ionizadores que purifican el aire, no hemos perdido un centavo... Y con el Marketing revolucionario inventado por Bobby —un muchachito pecoso de expresión alegre rió de oreja a oreja— incluso se ha disparado nuestra cotización en Wall Street... ¡Y no digamos nuestros centros si-

cológicos «Aprenda a reír de nuevo»... Hacen feliz a todo el mundo!

—Cierto, cierto —continuó el joven de mirada soñadora—. Aunque para felices, lo que se llama felices, las esposas de los accionistas en la nueva Fundación «17 M.C.T.T.» (17 maneras concluyentes de terminar con el tedio). Pagan cifras astronómicas por pertenecer a ella. Por supuesto han abandonado los Clubs de Campo y aquella antigualla de los campeonatos de *bridge*...

—Sí —dijo Fell radiante—, ya me fijé la otra tarde, en el Asilo de ancianas, cómo la encopetada Mrs Billion leía a una anciana ciega «El hada de las Nieves». El jugoso gozo en lágrimas que embargaba a ambas era inenarrable.

—Sabrá —un hombrecillo menudo y calvo dejó oír su chillona voz— que hemos recibido noticias del convoy a África capitaneado por Lady Pity y costeado en parte por ella misma, con un enorme cargamento de potitos y biberones. Todo está saliendo positivamente. Dice que a su vuelta piensa escribir un libro: *El mayor gozo del mundo es alimentar a un niño famélico*...

—Demasiado largo el título —interrumpió Fell pensativa—. *El mayor gozo del mundo*. Así, escuetamente, estará mejor. Lo comprarán hasta los pornógrafos. Asegúrate de que los beneficios queden para dichos niños.

Y Fell extendió su vista más allá de las grandes cristalerías donde en la gran urbe se agitaban inverosímilmente, febrilmente, millones de seres humanos con tan escasas posibilidades de dicha. Al Otro lado de la selva estaba su hogar, con sólo dos requisitos: sencillez y belleza. Y Joseph que cultivaba raras rosas en el extenso huerto. Luego caminarían enlazados por los bosques de Nueva Inglaterra y hablarían de la poesía, del amor y de las flores. Y de los árboles, con sus altas copas danzando al viento. Y de las olas, que se estrellaban en la costa para ascender. La más alta poesía, sin duda. Todo aquello, sin embargo, no era aún el Paraíso, sino su etapa preliminar; el resarcimiento en el Bien y la Belleza.